

AQUÍ POESIA

21

ROQUE VALLEJOS

LOS ARCANGELES
EBRIOS



Aquí, Poesía
Publicación Bimestral

Director:

RUBEN YACOVSKI

Montevideo, Uruguay.

Algunos títulos publicados:

Tiempo del padre, poesía,
por Generoso Medina. Agotado.

Montevideo al Sur, poesía,
por Juan C. Legido. (2^a edición)

Poesía, por Julio J. Casal.

Desde antes de la infancia, poesía.
Por María A. D. de Guerra.

Poemas de los diez días,
Por Enrique Elissalde.

Muchacho r., poesía,
Por Ruben Yacovski.

Guitarra en sombra, poesía,
por Clara Silva.

Los meses, poesía,
por Saúl Ibargoyen Islas.

de la serie Testimonio

La tinta sometida, ensayo,
por Hernán Píriz.

Seis pares de zapatos, novela,
por Alfredo Gravina.

Marcha y contramarcha, novela,
por Matilde Legido.

La valija, teatro,
por Mauricio Rosencof.

Este volumen se edita en adhesión
a la V Feria Nacional de Libros y
Grahados.

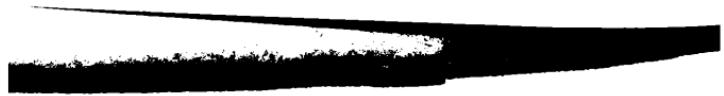
LOS ARCANGELES EBRIOS

Maria Y. Estes 1966

~~Maria Y. Estes~~
1966

~~Maria Y. Estes~~
1967





ROQUE VALLEJOS

LOS ARCANGELES
EBRIOS

a tip



AQUI, POESIA, MONTEVIDEO, 1964.

**Copyright by Aquí, Poesía
Printed in Uruguay**

**Montevideo, 1964
Impreso en Uruguay**

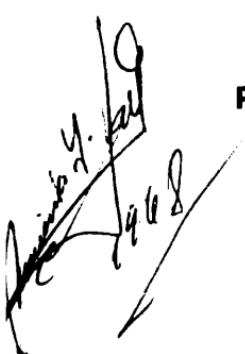
Somos hombres. Creamos dioses, luchamos con ellos, y ellos nos bendicen.

Herman Hesse. ("Demian")

Ninguna pretensión filosófica podrá negar que el hombre perdió su estado de naturaleza pura. Nadie abolirá el hecho de su caída y su rescate.

Jacques Maritaine.

A mi hermano, a mis amigos
Telmo, Toño, Horacio.



Poema No. 1

Aquí estoy con toda mi presencia.
Mi alma gris. Mi corazón distante.
Otra cosa no tengo. Ni he tenido.
Y sin embargo, faltó.

Faltó en mi corazón. Huyo en mi sangre.
Mi alma siente su humedad de nada.
Y sólo tengo como mío, el fondo
del propio abismo que nos crece adentro.

Poema No. 2

Hoy que he salido, para
buscarme adentro, hablarme,
conversarme, estar conmigo,
sentir sin soledad, toda
mi ausencia,
no me he hallado.

Hoy, que he bajado paso a paso,
mi vacío, y que no he encontrado
a nadie, que me ofrezca su mano,
que he pisado mi carne como una orilla ajen
no sé cómo no estoy, si no he salido.

Poema No. 3

Señor: el mundo está cansado.
La sombra crece. El sol se apaga.
El hombre está quedando sin orillas,
Señor, el hombre está llegando a nada.

El milagro, Señor, el cielo, el alma,
nada. Para morir no hace falta
haber nacido. Para vivir, Señor,
es necesario morir a cada rato.

Poema No. 4

Yo, soy simplemente el mismo.
El abanderado de la nada
y su laberinto de sombra.
El que os dice que Dios
está canoso, y que el tiempo
se madura en latidos.
El de siempre.
El que busca filosofía donde
no existe, y la encuentra.
El que sabe que su cuerpo es más suyo
que su alma, y no lo cree.
El que amontona, poco a poco,
su ceniza, para acostar su muerte.
El que no puede con esa cruz de Cristo,
porque la suya es más pesada.

Poema No. 5

Solo. Por el camino
único del hombre. Entre ceniza
y viento. Entre agonía y llanto.
El mundo despereza su muerte
en nuestra sangre. El tiempo
retrocede.

Afluentes de qué? El hombre pasa
con el montón de carne,
que nos abraza el hueso.
El exilio comienza cada vez
más adentro, y el alma
se derrama, por todos sus costados.

Poema No. 6

Por algún lado será
que el hombre
llegue,
aunque nosotros nunca
le veamos pasar,
tal vez le pegaremos
cuando esté a nuestro lado
o en nuestra propia sangre,
le podamos negar.

Poema No. 7

Hay veces en que nadie
recuerda
que existimos;
que la vida se encoge
y nos aprieta,
y que es difícil despertar
cada mañana
la sangre en nuestras venas

Días de conversar
al esqueleto, doblados hacia adentro,
y de llorar a oscuras
sobre estos mismos huesos,
de usar la propia piel
como mortaja, y decirle
a la vida que no estamos,
y que vuelva otro día.

Poema No. 8

Que nadie se preocupe
de sus alas cortadas, de su barro
añadido, de su esqueleto
ajado, del pan que no se come
y se digiere, del tiempo que trae
y no se entrega.

Todo está calculado. La ceniza
revoca el brocal de los huesos.
El alma es un agudo triángulo
de carne. El hombre como ciega
procesión de la sangre.
La eternidad como moneda,
que acuñar en la muerte.

Poema No. 9

Me preocupan los muertos
con su traje único,
esperando inútilmente
debajo de la tierra.

La muerte como un ancla
amarrando
sus carnes,
la eternidad como gusano
taladrando
sus huesos.

Seco su tiempo,
la noria mutilada,
debe pesar, tanto vacío
al hombro,
la agrimensura
triste
de nivelar las sombras,
y de medir en vano

la altura
de la muerte.

Frío el rincón. El muro
derribado. La desembocadura
de Dios, el litoral
del infierno.
El polvo ha recobrado
de nuevo
su estatura.
La eternidad duerme otra vez.
La nada, empieza.

Poema No 10

Por estos anchos pliegues
de la muerte,
descalzos, simplemente,
para pisar la nada.
(Argamasa de sombras
para este mismo horno
de arcángeles soldados
a un falso paraíso)

Norte oscuro y caliente
de la sangre, donde la muerte
instala sus aleros,
y comienza su poda,
desde adentro,
a cavarnos la tumba,
a picotazos.

Después queda la cal,
para apagar la calavera,
remangada la sombra,
izada la ceniza,
testigo ante sí misma
de algún dios apocado,
que no tuvo pesebres
ni posó en los altares.

Poema No. 11

Se bebe uno la muerte
sorbo a sorbo,
sin convidar a nadie
el propio trago,
mientras el ser cansado
se acurruca
sobre su blando lecho
de ceniza.

Pescadores varados,
sin la red bajo tierra,
extraños buscadores
del perfil de su nada,
comedores tenaces
de las propias raíces,
destinos minerales
sin rumbos a sí mismos.

Bien entrada la sombra.
Bien desgajado el tiempo.
El alma hecha silicio
o ya caldo sin huesos,
la tierra boca abajo
preñada de silencio
su antigua profecía
diluye entre los muertos.

Poema No. 12

Todos velábamos a Dios,
¡quella noche,
Como a un muerto gigante,
Ahogado en nosotros.
La tierra se ahuecaba
Para sorber la vida,
Mientras un cielo ausente
Nos volvía la espalda.

Toda una inmensa noche
Nos trepaba los huesos,
Nos devoraba
Obre nosotros mismos,
A nada nos lamía
Ibiamente las sienes,
Ra baldío el tiempo
Que nos soplaba adentro.

Como a madera vieja,
Nos digerían insectos,
El hombre era una jaula,

abierta para adentro,
nos poblaban arcángeles
extrañamente
ebrios,
muertos insomnes éramos
de pie bajo la tierra.

Fermentaba ya el verbo
en las entrañas,
y en oleadas nos llegaba
su vacío,
átomo ausente
cayéndonos de abajo,
sombra desperezada
en vez de sangre.

Piel subterránea.
Latido volteado. Eternidad
de nuevo bautizada.
Cielo crucificado
en vez del hombre.
Infierno inaugurado
en vez de nada.

Orden del libro

Poema no. 1	7
Poema no. 2	8
Poema no. 3	9
Poema no. 4	10
Poema no. 5	11
Poema no. 6	12
Poema no. 7	13
Poema no. 8	14
Poema no. 9	15
Poema no. 10	17
Poema no. 11	18
Poema no. 12	19

El presente volumen constituye la entrega N° 21 de **Aquí, Poesía**, publicación bimestral dirigida por Ruben Yacovski. Croquis tipográfico y carátula de Sarandy Cabrera. Impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la Comunidad del Sur, Canelones 1484, Montevideo, el 15 de diciembre de 1964.

La primera edición de «Los arcángeles ebrios» fué publicada por Editorial ASEDIO de Asunción - Paraguay, en el mes de febrero del corriente año.

ROQUE VALLEJOS: nació en Asunción en 1943. Publicó su primer cuaderno de poemas "Pulso de Sombra" (Edt. Diálogo, Asunción) en 1961. Es redactor y corresponsal de la revista "Alcor" y "Diálogo" de Paraguay. Ha publicado en numerosas revistas del Continente y colabora en diarios y revistas de Montevideo. Reside en Montevideo donde cursa estudios de Medicina. Es difusor de la literatura Paraguaya en nuestro país.

De su obra ha dicho AUGUSTO ROA BASTOS: una poesía vivençialmente trágica, saturada del sabor y del temblor de este tiempo de encrucijada. Una poesía no obstante, de purificación y transfiguración, que es la virtud más alta de lo trágico.

Buenos Aires 1962.

